

El hombre, el ser del Universo dotado de la facultad de comprender la Naturaleza, es el que con plena consciencia puede pretender orientar su vida y desarrollo en la dirección ideal que aquella Naturaleza le enseña. Ésta, de una manera espontánea, va realizando sucesivamente la belleza en el curso de la evolución orgánica de los seres, y va paralelamente dotando al hombre de los medios, de los instrumentos con los cuales puede observar aquella belleza y gozar del placer estético. Pero es preciso que sepa educar rectamente su capacidad de servirse de estos instrumentos, para aplicar a su propia vida individual y social, aquellas enseñanzas que el Mundo natural en todas partes y en todos los momentos ante él presenta. Lo expuesto sobre este asunto, no obstante la concisión y brevedad con que lo hemos hecho, basta para que podamos formular la siguiente conclusión:

El ideal de la vida humana en la Tierra, sólo podrá obtenerse reduciendo al mínimo indispensable la actividad precisa para la vida orgánica de los hombres y llevando al máximo, compatible con aquel mínimo, la intensidad de la vida estética, de la vida del goce de la belleza. Así se alcanzaría la dicha mayor posible: pero nunca la felicidad plena, puesto que ésta es incompatible con la vida en el Mundo real.

A procurar la reducción de la actividad precisa para el desarrollo y vida plena del organismo, tiende todo nuestro progreso material, progreso derivado de las conquistas del saber, que, con asombrosa tenacidad y emocionante sacrificio, han conseguido realizar los grandes hombres que han elaborado la Ciencia, los verdaderos y legítimos héroes de la humanidad. La educación intelectual y la enseñanza de las ciencias, al difundir, propagar y aplicar a la vida los frutos de estos descubrimientos, multiplican los medios de obtener aquella reducción en la actividad orgánica.

Los genios artísticos, que al mostrarnos la belleza nos excitan a su contemplación y goce, intentando descubrir el velo de

